



Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 2.

LA MESA DE LA PALABRA: UN LENGUAJE PARA LA FAMILIA

1) EL SACRIFICIO DE UNOS LABIOS QUE CONFIESAN TU NOMBRE.....	1
2) EL LENGUAJE DEL CUERPO DE CRISTO Y EL LENGUAJE DEL MATRIMONIO.....	3
3) APRENDER A CONVERSAR DESDE LA EUCARISTÍA	4
4) CONCRETANDO.....	6
5) PRÁCTICA FAMILIAR	6

La Eucaristía es el sacramento del pan y vino, pero es también el sacramento de la palabra. Yendo a misa, aprendemos a conversar.

Esto es muy necesario hoy, cuando nos cuesta tanto comunicarnos. La palabra tiende a reducirse a palabra utilitaria, y hay familias donde se habla solo el lenguaje de los bomberos: “¡pásame el agua! ¡alcánzame la sal! ¡cierra la puerta! ¡enciende la luz!” Romano Guardini las llamaba “palabras - moneda” porque de ellas no interesa la inscripción, ni el rostro grabado, sino sólo lo que nos dan a cambio de pronunciarlas.

Sin embargo, la palabra, tan frágil y superficial, sostiene nuestra vida. Sin palabras, el hombre moriría, pues le es tan vital el lenguaje como el agua al pez. Sobre todo, la palabra expresa la imagen de Dios, pues Él nos dirige la palabra y podemos responderle. ¿Qué nos enseña la Eucaristía sobre nuestras palabras?

1) El sacrificio de unos labios que confiesan tu nombre

“Agradeciendo al Padre, dijo: tomad mi cuerpo, bebed mi sangre”. Estas son las palabras centrales de la misa. Y a su alrededor giran múltiples palabras. Sobre todo, las lecturas del Antiguo y del Nuevo Testamento, que relatan la historia de la salvación. La misa se formó de estas dos partes: las lecturas, por un lado, y el sacrificio, por otro. La Iglesia aunaba así la doble liturgia de Israel, que se oficiaba en la sinagoga (lecturas) y en el Templo (sacrificio).

En la misa, la palabra del Antiguo Testamento nos dirige hacia el Evangelio, donde nos habla Cristo mismo, la Palabra de Dios. Entendemos así el proceso que lleva del sacrificio de Israel a la Eucaristía. El sacrificio antiguo, que era sacrificio de animales, necesitaba perfeccionarse. Pues Israel ofrecía el culto, pero a veces su corazón andaba lejos del Señor. Por eso los profetas anunciaron que Dios deseaba el sacrificio de un corazón contrito: pedirle perdón y dirigir a él nuestra vida. Y lo llamaban así: sacrificio de alabanza, es decir, el sacrificio de unos labios que confiesen el nombre de Dios (*Heb 13,15*).

Por tanto, el Antiguo Testamento anuncia que llegará un *sacrificio de la palabra*, es decir, de la gratitud, de la alabanza, de la petición de perdón. El verdadero sacrificio consiste, por tanto, en escuchar a Dios, en atender a lo que nos dice, en responderle entablando con Él una conversación de amistad. Pues el sacrificio nos une con Dios, dirige a Él todo nuestro deseo.

Ahora bien, hay una sorpresa en el Nuevo Testamento. Pues lo que llega anunciado por los profetas no es solo un sacrificio de palabra. Sino que esta palabra no abandona el cuerpo. Es verdad, ya no está el cuerpo de los animales que se sacrifican. Pero no porque se pierda cuerpo, sino que se gana cuerpo. Ahora se trata del cuerpo mismo de Jesús, que se ofrece al Padre.

Nuestro cuerpo, que muchas veces parece mudo, que sufre y no nos dice por qué; que goza, pero con un placer que no sabemos si es o no verdadero, y que dura poco... Este cuerpo nuestro, que es el que Jesús ofrece en la Pasión, se llena ahora de palabra.

Pues Jesús vive el dolor, pero lo llena de confianza en su Padre, pronunciando una palabra de gratitud. Y cuando Jesús se goza, en la resurrección, el suyo es un gozo lleno de palabra, porque reconoce los dones del Padre y nos los comunica, dándonos una vida juntos. De este modo Jesús llena el cuerpo de palabra, y así transforma el cuerpo, para que el cuerpo pueda hablar el lenguaje del amor.

Así que en la Eucaristía la palabra no puede pronunciarse sin poner en juego el propio cuerpo. Y, a la vez, el cuerpo solo puede vivirse si se llena de una palabra de gratitud al Padre, de una palabra que narra una historia nueva con los hermanos. Benedicto XVI lo ha expresado así: “Meditar la Palabra en la Iglesia de la Nueva Alianza supone siempre abandonarse a la carne de Jesucristo. Y este abandono es, al mismo tiempo, exponerse a la transformación de nosotros mismos por medio de la Cruz” (Benedicto XVI - Cardenal Sarah, *Desde lo profundo de nuestro corazón*). Meditar la palabra no es nunca un ejercicio de mero pensamiento o reflexión, porque se trata de la palabra que llama, que nombra, que enciende, que nos convoca a entrar en la entrega de la Cruz.

Esta unión de la palabra con nuestro cuerpo está presente en la carta a los Romanos. Dice san Pablo: “os exhorto, hermanos, a ofrecer vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios”. Y añade: “este es vuestro culto razonable” (cf. Rom 12,1-2). En la primera plegaria eucarística de la misa aparece esta expresión, cuando pedimos que la ofrenda sea “perfecta, razonable y digna de Dios”. “Culto razonable” (*logiké*, en griego) puede traducirse también como “culto de la palabra”, porque “*logos*” significa tanto “razón” como “palabra”. Así que nuestro culto “de palabra” consiste en ofrecer el cuerpo, y esto es posible porque el cuerpo se llena de palabra, de sentido, de comunicación. Para verlo, atendamos a las palabras que

Cristo dice sobre el pan y el vino para convertirlas en cuerpo y sangre. Son palabras de entrega, como las que se pronuncian en el matrimonio.

2) El lenguaje del cuerpo de Cristo y el lenguaje del matrimonio

Jesús, en primer lugar, da gracias al Padre. ¿Por qué le da gracias, justo en el momento en que se acerca su muerte? Es una gratitud anticipada. Cristo confía tanto en su Padre, sabe tan bien que su Padre no le abandonará a la muerte, que le agradece incluso en el momento de máximo abandono. Es decir, Cristo agradece al Padre porque le va a dar un cuerpo resucitado, lleno de vida y de amor. Y, además, el Padre le va a hacer a Cristo otro regalo, por el que Jesús también agradece. El Padre le va a dar el poder de entregar su cuerpo por nosotros, es decir, que ese cuerpo se va a hacer fuente de vida para los hombres. Cristo agradece al Padre porque le va a dar una nueva familia.

Entonces, el cuerpo de Cristo se convierte en una palabra de gratitud y de entrega, como si el cuerpo fuera todo él un tatuaje que alabara a Dios. Hoy deseamos mucho que el cuerpo hable, y por eso lo tatuamos. Nos sorprende saber que para los cristianos el tatuaje es redundante, porque Cristo ha inaugurado un cuerpo que todo él dice “gracias”. Y todo él dice también “aquí estoy”, “recibo en mí a los que me has dado”, “por vosotros me entrego”.

San Agustín insistió sobre esta unión de la palabra con el cuerpo y sangre de Cristo, y la relacionó con nuestra vida. En la Eucaristía, dice, tenemos pan y vino, y entonces viene sobre ellos la palabra de la consagración. Y cuando llega la palabra dejan de ser pan y vino y se convierten en cuerpo y sangre. Dice Agustín: “En efecto, si quitas la palabra, no hay más que pan y vino; pronuncias la palabra, y ya hay otra cosa. Y esa otra cosa, ¿qué es? El cuerpo y la sangre de Cristo. Elimina, pues, la palabra: no hay sino pan y vino; añade la palabra, y se hace realidad el sacramento”.

Enseguida añade san Agustín: “A esto respondéis: Amén. Decir Amén equivale a suscribirlo. Amén equivale, en nuestra lengua, a «es verdad»” (*Sermón* 229). Al responder “Amén”, aceptamos que en nuestro cuerpo y sangre viva también la palabra de Cristo. Aceptamos vivir nuestro cuerpo con total gratitud al Padre que nos ha modelado. Y aceptamos que nuestro cuerpo se convierta en cuerpo “por vosotros”, es decir, por aquellos que el Señor nos ha confiado: nuestro marido o mujer, nuestros hijos y hermanos, nuestros amigos...

Fijémonos que estas palabras: “gracias”, “aquí estoy”, “te recibo” “por ti me entrego”... son propias del matrimonio. También en este sacramento tales palabras se refieren a nuestro cuerpo.

En primer lugar, “gracias”. En el matrimonio agradecemos a Dios que nos haya confiado a nuestra mujer o a nuestro marido. Pues Dios es el autor de la diferencia del hombre y de la mujer, una diferencia que nos sorprende y que nos permite unirnos. Y daremos gracias también por hacer fecundo nuestro cuerpo y que vengan los hijos.

Luego está “te recibo”, “me entrego por ti”. En el matrimonio nuestro cuerpo se entrega a nuestro marido y mujer, igual que se entregará a nuestros hijos. Dios nos da el poder para dar la vida, para consagrarla a nuestro cónyuge, pues el matrimonio significa vivir “para otro”.

Esta palabra eucarística se va a hacer carne en toda la vida del matrimonio. Se hace carne, ciertamente, en la unión conyugal, pero no solo. También en el gozo y sufrimiento compartido, en la lucha de cada día, en el trabajo por sacar adelante la familia, en los roces y perdones, en la fatiga de engendrar y educar... En todo esto hay ahora un lenguaje: gracias, te recibo, me entrego.

Así que la unión en la carne es una unión en la palabra. Carne, sin palabra, es pasión oscura que no nos saca de nosotros mismos. Palabra, sin carne, es idea abstracta de cada cual para sí. La clave del amor es que la carne (con sus deseos, afectos, pasiones...) tenga siempre palabra de fidelidad y entrega. Y que esa fidelidad se concrete en el amor mutuo.

Lo ha dicho el mismo san Agustín: “si son dos en una sola carne, son entonces dos en una voz sola” (*Sermón* 129). El matrimonio, y luego toda la familia son una sola voz, una sola palabra. ¿Cómo es esto posible? ¿No es verdad que normalmente una habla más que el otro? Si ambos tienen una sola palabra es porque pronuncian una misma promesa y así narran una misma historia. Hay una palabra común porque ya no hay dos relatos paralelos, sino una misma ruta con un mismo origen (en Cristo) y un mismo destino (en el Padre). Y desde esa palabra que originó el matrimonio, nacen todas las demás palabras de la familia.

3) Aprender a conversar desde la Eucaristía

Por todo lo dicho, la Eucaristía nos enseña a conversar en familia.

a) En Ella aprendemos, *en primer lugar*, el poder creativo de la palabra. Con nuestras palabras no solo describimos el mundo que nos rodea, sino que lo constituimos, lo edificamos. Dios, que creó con la palabra, comunicó ese poder al hombre. Las palabras que dice el sacerdote en la consagración son de este tipo: al decir “esto es mi cuerpo”, obran la transformación del pan en el cuerpo de Cristo.

¿Y nuestras palabras? También participan de este poder creativo. Está, por ejemplo, el nombre que los padres ponen a sus hijos. Al hacerlo, no solo describen al hijo, sino que le dan una misión, un modelo al que configurarse. Es una palabra que inaugura mundo.

Y lo mismo ocurre con la promesa que se hicieron los esposos el día de la boda. Al decirla, se crea el vínculo que les une, se realiza una unidad que dura por toda la vida, y que les permitirá narrar juntos todos sus días.

Luego está también el perdón. Se pronuncian las palabras “¿me perdonas?”, y “te perdono”. Entonces, ofensor y ofendido, con la ayuda de Dios, destruyen la culpa, reescriben su pasado, abren la posibilidad de un futuro juntos.

Todo esto llega a plenitud con la Eucaristía, que nos enseña cuál es la creatividad última de nuestras palabras. En la misa, nuestras palabras se incluyen en las palabras del sacerdote, y allí se potencian para comunicar mejor.

Desde la Eucaristía, cuando damos nombre a nuestro hijo en el bautismo, le estamos asociando al nombre de Cristo, al destino de Cristo. Y cuando prometemos en el matrimonio, nuestra palabra recibe su fuerza de la fidelidad de Cristo, que ha unido a nuestra familia. Y nuestro perdón tiene una fuerza especial, porque es como un eco de la palabra de Cristo: “mi sangre derramada por vosotros”, que obró el perdón de los hombres.

b) *En segundo lugar*, la Eucaristía nos enseña que la palabra toca la carne del hombre. “Gracias, Padre, por prepararme un cuerpo”, “tomad, mi cuerpo”, “tomad, mi sangre...” Son palabras que se pronuncian sobre el cuerpo y le dan al cuerpo un lenguaje.

Por ejemplo, hay palabras que nos ayudan a entender nuestros sentimientos. Y no solo a entenderlos, sino a transformarlos. A veces nos sorprende un sentimiento confuso, que nos crea ansiedad, que no sabemos de dónde viene. Y en una conversación alguien nos ayuda a ver que se trata, por ejemplo, de vergüenza o de miedo. Entonces, al saberlo, nos quedamos más tranquilos, se nos quita parte de la inquietud, porque el sentimiento cobra sentido, ya sabemos a qué se refiere y adónde nos dirige. Es decir, la palabra transforma nuestros afectos y, así, toca nuestra carne.

De ahí la importancia de hablar y también de escuchar. La escucha atenta cuando alguien nos cuenta sus problemas, no sirve solo para ayudarlo a resolverlos. Le permite hablar, narrar lo que le pasa y, de este modo, aprender a nombrar su mundo interior, darle orden, orientarlo...

Este orden de los afectos, en realidad, se logra solo a través del amor, porque los afectos nacen del amor y nos orientan a él. Cuando falta el amor personal que encauza la vida, entonces nos quedamos con meras emociones, que nos mueven internamente, pero que quedan atrapadas en nosotros mismos.

Por eso es necesario que, en nuestro cuerpo, en nuestros deseos y afectos, se digan las palabras de Jesús: “mi cuerpo que recibo del Padre y se da por vosotros”. Pues, por un lado, nuestros afectos vienen también de un amor que nos ha tocado y nos llama a responder. Y por eso hacen falta palabras de gratitud que reconozcan este manantial. Además, por otro lado, nuestros afectos nos mueven a acoger a la persona amada y a donarnos a ella. Y por eso es importante encauzar los afectos con nuestras palabras de entrega fiel.

c) *En tercer lugar*, la Eucaristía nos enseña que nuestras palabras *narran* la historia de una vida. La palabra se pronuncia en el tiempo y nos da el sentido del tiempo, pues hablando reconocemos un origen y nos orientamos a un destino. Los animales, que no hablan, viven solo en el presente, sin reconocer de dónde vienen y sin preocuparse por el porvenir. Por eso no pueden prometer, pues no recordarían la promesa ni abarcarían con ella su futuro.

Pues bien, la Eucaristía nos enseña de donde viene nuestro camino y adónde va. En las palabras de Jesús, y en las lecturas de la Biblia, reconocemos al Creador que nos ha modelado, que nos ha amado antes de que existiéramos, y nos ha destinado a la vida feliz con Él. Y en las palabras de Jesús encontramos también el destino de nuestra vida, en la fecundidad de una entrega total, hasta la muerte.

También en la familia contamos juntos nuestras historias que se entrelazan. Por eso es tan importante conversar, contar lo que nos ha pasado, compartir proyectos, memorias, esperanzas... Y compartir también las preocupaciones del mundo, las noticias, las novelas que hemos leído y las películas que hemos visto... Mejor si es una conversación en presencia, para que hable también el cuerpo con todos sus sentidos, sin que medien pantallas entre rostro y rostro.

Nuestro mundo moderno no abre mucho espacio a conversaciones. Las antiguas tertulias o sobremesas de nuestros abuelos han dejado lugar a la televisión, y hoy a las series. ¿No sería este año eucarístico un buen momento de recuperar espacios y tiempos para conversar?

Se puede empezar cuidando las conversaciones de la mesa. O sentarnos para leer en alto juntos un relato breve. Pues al leerlo juntos resuena en los oídos al mismo tiempo, lo conocemos a la vez y, de este modo, el relato se enriquece, ya que imaginamos lo que los demás viven al escucharlo, y luego podemos sacarle juntos más jugo.

San Juan, en su Evangelio, ha insistido sobre la conversación de la Última Cena. Es una larga tertulia, desde el capítulo 13 al 17, donde Jesús comparte su palabra a los Discípulos, una palabra que les limpia, que les comunica vida, que les invita a ser fieles permaneciendo en el amor. Todo esto nace de la palabra eucarística, que han recibido al comer su cuerpo. Y esta es la conversación que la Iglesia continúa con su Señor por todos los siglos.

Señala el biblista Luis Alonso Schökel este contraste. En la sabiduría popular es más importante el pan que la palabra, según el refranero: “una cosa es predicar, otra dar trigo”. Pero en la Biblia parece ocurrir al revés: “no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. La Eucaristía nos ofrece una síntesis de estas dos miradas, porque allí recibimos una Palabra hecha carne, hecha corazón humano, hecha relato de una vida desde su origen hasta su plenitud. Y toda la vida de la familia consiste en aprender a que nuestro cuerpo se llene de palabra, es decir, se llene de sentido en el amor. Y, a la vez, a que nuestra palabra sepa comunicar lo profundo y llegar a lo profundo.

Dice el poeta: “quien habla solo espera hablar a Dios un día”. En realidad, también quien conversa espera que en esa conversación entre Dios. Y no hay que aguardar a que llegue un día lejano, pues tenemos la Eucaristía. Allí llevamos nuestros desplantes, malas palabras, murmuraciones... para que Dios los purifique y encauce. Allí llevamos sobre todo las conversaciones de la familia para que entren en la conversación del Hijo con el Padre y, desde ella, se enriquezcan cada vez más.

4) Concretando

1) Comenta la expresión “sacrificio de la palabra” y la relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento respecto a esta expresión.

2) ¿Por qué el lenguaje de la Eucaristía se asemeja tanto al lenguaje del matrimonio? ¿Qué consecuencias tiene para nuestra vida?

3) ¿Cómo nos enseña la Eucaristía a conversar?

4) Comenta qué palabras brotan de la Eucaristía y configuran tu vida familiar.

5) Práctica familiar

- En los domingos de este mes, elegir un tema de conversación y mantenerlo
- por ejemplo: que cada uno cuente sus proyectos para este año.